

Martín de Rentería y Martín de Gamón, dos hijos de la villa a la conquista de Nueva Vizcaya

Maite Ruiz de Azúa

Largo tiempo hacía que nadie me nombraba por mi verdadero apellido, Uranzu, tanto que ya casi lo tenía retirado de la memoria. Las conquistas, los años, los caminos, los rostros enemigos y los amigos, la sal del mar, el polvo de los desiertos..., todos ellos han borrado aquel primer ser, aquel joven Uranzu que fui, mas el oír de nuevo la combinación de estas letras, como sonido mágico, de pronto me ha traído la leve remembranza de un puerto de mar, remoto, tan difuminado que casi dudo de si sea un sueño. Mi nombre de hoy me apunta que existe realmente una población llamada Rentería. ¿Qué fue de aquella villa marinera? ¿Dónde se me perdió? ¿Dónde quedaron mis primeros años, la casa de mi padre y las disputas con mis hermanos mayores, la alegre dulzura de mis hermanas, las caricias de mi madre...? ¡Ay, viejo soldado, viejo Uranzu, viejo Martín de Rentería, respetable gobernador de Durango!

En la sangre llevaba el mar, como todos los Uranzu, pero ya pequeñas se quedaban para mí las costas cantábricas, incluso mis incursiones por el Mediterráneo, bajo la mirada vigilante y orgullosa de mi padre, el Capitán Machino. En vano me enviaron hacia los mares del Norte embravecidos, desde Flandes a Inglaterra, al igual que hacia las costas africanas, pues nada podía aplacar mi afán de querer ver más y más mundo. Desde niño me aficioné a esperar en el muelle los barcos que traían noticias de las nuevas tierras de las Indias, y me acercaba a hurtadillas a escuchar las conversaciones que mi padre mantenía en nuestra casa con otros marinos acerca de las gentes, el oro, las proezas, las maravillas del nuevo mundo; las miserias no las supe o no las quise registrar en mi memoria, esas las conocí en mi propia carne y, así, un único pensamiento guió toda mi vida: partir a conocer las tierras nuevas y dejar mi nombre en alguna de ellas.

De aquel lejano día de mi partida tampoco guardo memoria, tan solo la silueta de la boca del puerto del Pasaje arrojándome desde su vientre a la mar, alejándome, sin yo saberlo, para siempre de mi villa natal, y la compañía de Martín de Gamón, junto a mí asomado a la popa. No hubo pena, que el anhelo de la gloria no me dejaba ver más allá, y aunque ahora yo bien quisiera poder volver a caminar sobre las arenas de mi infancia, o que mi mirada perfilase cada pequeño recodo de aquel Jaizkibel, muralla del mar, ya no hay vuelta atrás. Sutil y traidoramente callado escapa el tiempo: Uranzu, el más chico de los hijos del Capitán Machino, quedó congelado para siempre en el pasado, sobre un muelle, junto a la Puerta del Arrabal.

En el nuevo mundo arribé a tierra en La Española, y sin apenas lugar para instalarme, me fue entregada un carta firmada por Diego de Ibarra, viejo amigo de mi padre, quien había hecho su fortuna en Zacatecas, en la llamada Nueva España, merced a las minas y la ganadería. En dicho escrito me informaba de que el Virrey tenía la intención de explorar la región situada más al norte de estas tierras y para ello había menester reclutar un ejército, bien armado. Mi nombramiento como alférez no podía proporcionarme mayor satisfacción, si bien parte de esta alegría desapareció cuando me vi bajo el mando de su sobrino, Francisco de Ibarra, tan joven que aún no tenía ni vello en el rostro. Lo tomé como una broma de mal gusto, ni de escudero parecía tener años, y ya al mando de la hueste caminaba de comandante en jefe, mas al cabo tuve ocasión de escuchar acerca de su valía y audacia en anteriores empresas acometidas junto a su tío Diego, y respecto a lo que yo pudiera contar en lo sucesivo, he de afirmar que jamás le vi dudar ni atemorizarse

ante nada, que dirigía la expedición con gran acierto y resolución, y que fue, con el tiempo, para mí el capitán más digno de admiración, pese a circunstancias que recordar no quisiera.

Así, el 18 de abril de 1554, Francisco de Ibarra dispuso partir de Zacatecas hacia el norte con la misión de explorar la tierra, descubrir minas, fundar villas y evangelizar a los indios, labor que habían de desempeñar los dos frailes franciscanos que nos acompañaban. No solo soldados y religiosos integraban el grupo, sino que también contábamos con indios, algunos de los cuales nos servían de guías, por ser conocedores de las tierras y de alguna de las lenguas allí habladas, también esclavos negros para acarrear los bastimentos, municiones, armas, víveres, y más de 100 caballos, mulas de carga, y 140 carneros. ¿Explorar las tierras? No solo eso era en principio lo encomendado a la expedición, ya que en el fondo todos soñábamos y confiábamos en encontrar maravillosas ciudades misteriosas con palacios revestidos de oro, plata y piedras preciosas, cuya supuesta existencia andaba de boca en boca, en el Virreinato y en la Corte española.

Poco antes de Navidad, nos hallábamos en el valle bautizado por nosotros como San Juan, donde habíamos construido un buen fuerte para protegernos de las acometidas de los indígenas y de allí hacer excursiones por aquella comarca. Dispuso Ibarra que yo le acompañara en uno de aquellos reconocimientos, hasta aquella ocasión siempre había requerido los servicios de Martín de Gamón, su maestre de campo, mas tampoco quise darle mucha más importancia, ya que la permanencia en el fuerte por largos días estaba causando en mí bastante desasosiego y enervándome más de lo deseado. Y no era el único de los mandos que se consumían por la inactividad, que

Pedro de Arana, lugarteniente de Ibarra, se mostraba huraño y feroz con sus subordinados, tirano y brutal. Tampoco comprendí demasiado bien entonces que Ibarra dejara al tal Arana al mando del fortín en su ausencia; habiendo decidido que Gamón no partiera, hubiera sido tal vez más cabal que fuera éste quien le sucediera al mando. No lo pensé demasiado, la verdad, bastante excitado estaba con la inminente partida. Despedirme de Gamón, como quien espera un reencuentro feliz a la vuelta y así partí con el capitán Ibarra y veinte escogidos soldados. Anduvimos por tierra de gran soledad, aspereza y frío, a veces por sendas, otras rodeando sierras y profundas quebradas, otras por montañas de espantable oscuridad y espesuras montuosas. Nos demoramos más días de los previstos, y ya entonces empezó el capitán a sospechar que los indios que nos guiaban llevaban mala intención, los apretó con amenazas y prisión, y al cabo la violencia, como respuesta al ataque de los indios, acabó con la muerte de los mismos.

Más penoso fue para mí, sin embargo, el regreso al fuerte, no por el cansancio, ni el fracaso, sino porque en nuestra ausencia, los ánimos se habían cobrado enemigos en el puesto de San Juan. Arana, mal diablo, codiciando el cargo de capitán que ostentaba Ibarra, y creyendo que no debían de andar lejos las ciudades doradas, había planeado que aquellos indios nos condujesen a la muerte, pero todo esto no lo supe hasta después. Según declaraban, y pese a que me negara a creerlo Martín de Gamón, el compañero que había partido de Rentería conmigo, aquel con el que había compartido peleas y sueños desde niño, se había alzado en rebelión contra el sustituto Arana, con quien siempre había mantenido rencillas. Este aducía la desobediencia de las órdenes. Se dijo que Gamón, ante la demora del regreso de nuestra expedición, se había negado a acatar las órdenes de Arana, que reunió a un grupo de hombres que respaldaron su acción, que el tal Arana tomando el estandarte real ordenó que los que eran servidores de su Majestad se aviniesen a la bandera, a lo que no quisieron obedecer Gamón y otros hombres, mostrando así su desdén y menosprecio. Ordenó entonces Arana prisión contra los rebeldes, lo cual no pudo ejecutar de inmediato, puesto que Gamón huyó hacia la montaña, con lo cual acrecentó su delito, dando de este modo la razón al lugarteniente.



Mapamundi de Runold Mercator (1587).

Nuestro regreso de la fracasada expedición fue el más duro de todos cuantos recuerdo; no encontraba explicación alguna al comportamiento de mi más leal compañero.

Lo apresó una guarnición de catorce hombre sen las minas de San Martín y fue en el forín donde se juzgó su causa y culminó el proceso, sin defensa alguna, que le condenó a muerte, la cual se ejecutó al día siguiente. Evitar la división y las revueltas, cada vez más frecuentes entre las tropas, era la consigna dictada por el Virrey, y esto era lo que aducía el mismo Pedro de Arana, por lo que había procedido a dar un escarmiento ejemplar con Martín de Gamón, eliminar a un valiente soldado era un golpe acertado. No asistí a su ejecución, unos pocos soldados y uno de los franciscanos que le prepararon para bien morir fueron los únicos testigos del acto.

Tampoco vivió mucho más el cruel Pedro de Arana, que a los dos días apareció muerto de una lanzada. No hubo preguntas, nadie investigó nada,

un muerto más de la historia. Unos mueren por buenos, otros por malos.

Ya van para cuarenta años los pasados desde aquellos días, y ni uno solo sin haber traído a mi memoria a aquel que fue como un hermano. Y esta mañana un mensajero ha llegado con un recado, que ha fallecido el capitán don Francisco de Ibarra, y de su puño y letra una última carta, a don Martín de Uranzu, donde habla de una traición lejana, que había la sospecha de que el Virrey con ayuda de Arana, fraguaban la suya muerte, y que fue Gamón quien urdió una trampa: enviarnos fuera del fuerte, e indagar las malas tramas, a punto estuvo de desenmascarar la traición, mas le faltó algo de tiempo, pues el pérfido Arana lo acabó sospechando.

Cerca de San Juan lo ahorcaron, al pie de una pequeña sierra que hoy se dice de Gamón, así ordenó Ibarra que se llamara, ironías del destino, como traidor fue su muerte y es eso lo que hoy le llena de honor.



Planisferio de Guigelmo Blacuu (1499).